

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID

Pesetas.

Mes.	1
Trimestre.	2,50
Semestre.	5
Año.	10

PROVINCIAS

Tres meses.	3
Seis.	5,50
Año.	10
Extranjero y Ultramar.	5 pesos

CORRESPONSALES

25 números de El Motín.	2,50
Idem del Suplemento.	0,75

NÚMERO DE EL MOTÍN

15 céntimos.



ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

Centro de suscripción.

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, D. José Pozo, calle del Obispo, 32.

NÚMERO DEL SUPLEMENTO

5 céntimos.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

RETOS CARLISTAS

De tal manera están insultando los carlistas el espíritu liberal; tantas y de tal clase son las provocaciones que lanzan; con tal cinismo se ponen la careta religiosa, que no sabemos cómo no ocurren diariamente sucesos como el del Rosario de la Aurora en Valencia, y el acaecido últimamente en Figueras.

Tomando pretexto de la romería a la Virgen de Tremp, se reunieron los carlistas en un número que algunos hacen subir á veinte mil, celebraron con gran pompa varias funciones de Iglesia, cambiaron sus impresiones, y regresaron á sus respectivas localidades.

La comunidad de clérigos de Figueras salió procesionalmente á recibirlos con la cruz alzada; la estación del ferrocarril y sus alrededores se cuajaron de curiosos; y ante aquel espectáculo, el del clero al servicio del carlismo, algunos comenzaron á murmurar.

Alguien debió pronunciar alguna palabra insolente ó hacer algún ademán provocativo, cuando en un instante dado empezaron á oírse silbidos y á zumbir alguna piedra que otra, animándose poco á poco la pedrea.

Los de la comitiva escaparon como pudieron, pues por lo visto no tenían vocación de mártires ni gran fe en ayudas celestiales, refugiándose curas, frailes y monagos en la estación.

En esto llegaron los trenes cargados de lastre carlista, y como el vocerío continuara, los romeros se mantuvieron en los coches, á excepción de dos grupos que habían llegado antes, uno de Llers y otro de Vilanant, que recorrieron las calles de Figueras cantando y dando vivas y muertas.

Al llegar á la Rambla, arreciaron los gritos de ¡viva Carlos VII! y ¡viva el Papa-Rey!; lo cual dió motivo á una pelea más que regular, sin que tampoco los provocadores diesen muestras de querer llegar al Cielo por el camino del martirio.

Y gracias á que un antiguo republicano, el Sr. Arderfús, olvidándose de que aquellos grupos de carlistas lo habían insultado ferozmente, apaciguó á los liberales justamente irritados, no pasó la cosa á mayores.

Entre tanto continuaba la fiesta en la estación, y hubiera acabado muy mal, si los carlistas, siguiendo los consejos del alcalde, no se hubieran dispersado prudentemente y escapado con una fe y una ligereza dignas de mejor causa.

Un fraile y varios curas sufrieron algún desperfecto en la refriega; el Centro de Católicos resultó con algunos cristales de menos; mas por fin se restableció el orden, y fuerzas del Ejército recorrieron las calles en patrullas, haciéndose varias detenciones y empezándose á instruir sumaria.

Hasta aquí los hechos, tomados imparcial-

mente de la Prensa más parcial con los romeros-caras, y desde aquí las reflexiones que el suceso nos sugiere.

No vamos á discutir si los silbidos y las pedradas fueron más ó menos oportunas, porque para juzgar de esto necesitábamos haber presenciado el suceso desde sus comienzos, y ver hasta qué punto llegaron los carlistas en sus provocaciones.

Pero tampoco llevaremos nuestra candidez hasta decir que los liberales debieron respetar á los carlistas, precisamente por ser liberales, y haberles permitido terminar tranquilamente aquella especie de revista de comisario.

Es muy fácil á distancia, y cuando no se está constantemente sufriendo la influencia del carlismo, condenar en nombre de la libertad esos actos que al parecer menoscaban la de él.

Pero cuando se vive en las comarcas donde dominan, y se oyen sus amenazas, se saben sus proyectos y se prevén los resultados, nada más difícil que conservar siempre la calma y la prudencia; pues los recuerdos del pasado se unen á las amenazas del presente y se teme por el porvenir.

El liberal que se batió contra los carlistas, el hijo que perdió á su padre, la madre que se quedó sin hijo; lo mismo el que se arruinó, que el que se encontró huérfano, que el que vió deshonrada á su esposa, ¿cómo han de ver con calma las provocaciones insensatas de sus verdugos, lanzadas desde la trinchera clerical?

¿Cómo no han de encenderse en ira al contemplar que todos sus sacrificios han resultado inútiles, y toda la sangre derramada infecunda? ¿Y cómo se les podrá censurar por falta de prudencia, cuando tan imprudentemente se les provoca?

Mientras las corrientes vayan por donde van, y el espíritu liberal se vea cohibido por el carlista; mientras se permitan esas manifestaciones que son recuento de fuerzas y avivamiento de esperanzas; mientras se vea tendencia á colocar los vencidos sobre los vencedores, nosotros, y cuantos como nosotros pensamos, no podemos ni debemos condenar las protestas que la indignación arranca á nuestros amigos.

Lo más que podemos hacer, en consonancia con las ideas que profesamos, es no alentarlas, no aplaudirlas. ¿Pero condenarlas? El que se llame liberal, y lo haga, es un imbécil ó un miserable, que ni ha sufrido por la libertad, ni sabe lo que ésta vale, ni merece disfrutarla nunca.

LA REPÚBLICA

Viva yo tantos años como horas de placer me ha dado la lectura de estas líneas de mi querido colega *Las Dominicales*:

«En Pedroñeras (Cuenca) ha ocurrido un verdadero milagro.

«El día 4 hubo allí una horrible tormenta. Una de las exhalaciones que cayeron se cebó, como de ordinario, en el campanario.

«Otra cayó en la casa de D. Francisco de S. Marcos, penetrando por la chimenea, entrando en el comedor á través de la pared y dando vuelta alrededor del Sr. Marcos y de su hijo D. Manuel, que se hallaban en él.

«Cayó la chimenea, se rompieron los cristales, se destrozaron las paredes, un reloj se hizo añicos; aquello era un depósito de ruinas cuando acudió la gente, atraída por el estrépito.

«Todos quedaron sorprendidos de ver que una imagen que había colgada junto al reloj hecho pedazos se hallaba intacta. ¿Dudarán los ímpíos de este hecho milagroso? ¿No se ve aquí la mano de Dios?

«¿Queréis saber ahora de quién era aquella imagen? Pues era de *La República*, que acababa de ser comprada en la Redacción de *El Motín* y puesta en un marco.

«¿Que por qué se salvaron el Sr. Marcos y su hijo?

«Sin duda alguna por ser republicanos, y en esto no nos chanceamos, pues viendo formalizarse la tormenta cuando se hallaban junto á la lumbre padre é hijo, dijo aquél á éste: «Vámonos de aquí, que no estamos bien junto á la chimenea, que atrae la electricidad». Y, apenas se retiraron, cayó la chispa, y con ella los escombros de la chimenea, que los hubieran envuelto á no marcharse. Si son carlistas, se quedan allí rezando y los parte el rayo.

«El haber caído otra chispa en la torre de la iglesia, da lugar á creer que algún influjo debieron tener en este asunto los manes de Mendizábal que, en la persona de Juanito, su nieto, presiden á aquel pueblo.

«Los republicanos piensan pedir la canonización de su imagen, á cuyo efecto irá á Pedroñeras un delegado de la Redacción de *El Motín* á hacer la información correspondiente.

«Pronto tendremos, pues, fiestas dedicadas á *La República*.

«Entre tanto, ya lo sabéis: los que queráis tener en vuestra casa imágenes que preservan de los rayos, en la Administración de *El Motín* se venden».

Aun cuando lo sospechaba, porque con las láminas de *El Motín* ocurre lo mismo, no había tenido todavía ocasión de comprobar si la imagen de *La República* era un amuleto eficaz para conjurar los rayos que la ira del Señor, según los clericales, lanza de vez en cuando sobre la Tierra.

Hoy que lo sé por testimonio irrecusable, bailo de júbilo y de alegría, enorgullecíendome por haber dotado á mis conciudadanos de un pararrayos tan admirable, y de una abogada contra las tormentas que eclipsará muy pronto, ó mucho me engaño, las glorias de otras más antiguas, y á quienes dedican innumerables oraciones.

Para complacer á los fervorosos republicanos que han pedido su canonización, activaré en lo posible el expediente, y, una vez terminado, nos congregaremos los redactores de *El Motín* con los venerables ciudadanos Chfés y *Domingo* de

Las Dominicales, y elevaremos la imagen de *La República* al rango que por sus virtudes y méritos le corresponde, propinándonos después un modesto banquete, como es uso y costumbre en estos casos.

Y una vez canonizada, y admitida como de ritual la oración que al efecto inventaremos á los postres, ¡no van á ser milagros lo que haga! Si hoy sirve para desviar las chispas eléctricas por su propia y natural virtud, ¿qué no va á hacer entonces? Acaso, acaso sirva para lanzarlas, y ¡no hay para qué decir si nosotros sabríamos indicarle los lugares y personas contra quienes debía dirigirlas!

Esperen, pues, muy pronto tan fausto acontecimiento nuestros amigos, y pueden los que ya tengan la imagen encomendarse á ella, pues para ello les damos permiso y les concedemos Bula-especial en este artículo.

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

El párroco de Torrejón de Ardoz es un santo, relativamente hablando; y ¿cómo no, apellidándose San Román y San Román?

Indignado porque el maestro del pueblo no envía sus alumnos á la explicación de la doctrina, dirigió há poco al gobernador de Madrid una instancia, pidiendo que le castigase; y con la piadosa intención que es de suponer, recordaba que dicho profesor no había asistido á los funerales de Alfonso XII.

No desconozco que esa acción no es muy correcta, pero la disculpo teniendo en cuenta lo mucho que le marean y le calumnian los impíos.

Que si antes de querer matar por hambre al maestro procurando que le quiten el destino, lo intentó hacer con un revólver en la botica del pueblo...

Que si en el casino sacó también la piadosa heramienta para ver si hacía blanco en un joven que murió de allí á dos meses, tal vez del susto...

Que si á un vecino que le ofreció cincuenta duros por su caballo, le contestó que los empleara en pimientón picante y se lo echara en el cuerpo á su mujer, que por aquellos días acababa de dar á luz...

Que si vestido á lo flamenco se da grandes paseos montado á caballo, y si un día atropelló á una anciana...

Que si se lleva al pelo con su ama Felisa; que si va á picos pardos acompañado de algunos jóvenes hijos de familia; que si...

Tantas y tan groseras calumnias propalan contra él, que demasiada paciencia tiene cuando, dado su genio, no ha ya hecho un escarmiento ejemplar.

Quedo pidiendo á Dios que le conserve y aun le aumente la resignación, por si no son éstas las últimas injurias que sufre por parte de sus desalmados feligreses.

El señor cura párroco de Cabeza de Campo (León) es un sacerdote muy bueno, como todos los de su clase; pero tiene un defectillo.

Le gustan los cuartos como á cualquier seglar codicioso, tanto que se niega á confesar á todos aquellos que, habiéndoselos muerto algún deudo, no le satisfacen los derechos fúnebres.

Aseguran los que mal le quieren (casi todos sus feligreses) que se presentó en casa de un moribundo, no á prestarle los auxilios espirituales, sino á reclamarle los honorarios de unos trabajos místicos que le había encargado, pero no había hecho aún.

Como la familia del enfermo careciese de recursos y se negara á pagarle, tomó la sabia resolución de no confesarle y marcharse tranquilamente á pescar truchas.

Desgraciadamente no las pescó á bragas enjutas, porque resbaló y cayó al río, rompiéndose una pierna.

En vez de ponerse en manos del médico (que tal vez será un hereje de siete suelas), llamó á varios vecinos que entienden mucho de medicina veterinaria y alguna cosa de la humana, y le curaron económicamente.

Convaleciente aún, se levantó é hizo una calaveradilla, con tan mal resultado, que no sólo se le agravó la dolencia, sino que contrajo otra en una parte del cuerpo muy delicada y única en su clase.

Hoy, completamente curado de la segunda, espera impaciente el alivio de la primera para volver con nuevos bríos á sus campañas; á consolar á sus hijas en el Señor, que tanto le echan de menos.

Haga ¡que se restablezca completamente para que pueda de nuevo entregarse á sus placeres, los cuales, ó mucho me equivoco, ó han de producir abundantes frutos de bendición.

Señor cura párroco de San Francisco, en Las Palmas (Canarias).

Ya sabe usted que le aprecio y no incurriré en el feo vicio de llamarle *Orejitas*, como hacen sus feligreses; y en pago de ello, quisiera que me explicara lo que haya de verdad en esto que me refieren:

Un militar se enamoró de una joven bonita, y ella de él, y sucedió... lo que suele ocurrir en tales casos cuando no se anticipa un señor cura: que ella y él... y él y ella... en fin, cosas que pasan en la vida.

El padre del mancebo, republicano federal por cierto, tiene entre sus malas ideas la de que los jóvenes deben reparar la honra de aquellas á quienes seducen, y rogó á su hijo que se casara con su amante, á lo cual accedió.

Inmediatamente avistóse con usted, y díjole que su hijo deseaba casarse, pero que estaba sujeto al servicio militar; y le respondió usted que no importaba, pues usted lo arreglaría.

Llegó el día en que la boda debía verificarse, y reunidas las familias, se le ocurrió á usted la tontería de decir que no la podía celebrar por ser militar el novio; y al preguntarle uno de los concurrentes por qué no lo advirtió antes, respondió que no había caído en ello.

Así me lo cuentan; pero con seguridad que no fué así, pues usted, ministro del Señor, no consentiría en ningún caso que se casaran civilmente como proyectan, ni mucho menos se averdía á perder la cantidad que le hubiera producido el casamiento.

¿Tengo ó no tengo razón?

Tenía vivísimos deseos de saber en qué se ocupa el señor párroco de Almedijar, ahora que no hay partidas como aquellas en que militó con tanto aprovechamiento, y afortunadamente los he satisfecho, pues me dicen que sigue tan famoso y dedicado á la compra y venta de burros (dicho sea con perdón del señor cura). También se ha metido en harina, ó sea á comerciar en este artículo.

Por cierto que hace días tuvo unas palabras con un individuo por cuestiones mercantiles, y dejándose llevar del valor que tanta gloria le dió *in illo tempore*, invitó á su contrincante á sacudirse la ropa buenamente; cosa que no se verificó, y lo siento, porque hubiera visto el irreverente feligrés lo que es un señor cura de pelo en pecho.

Lo que parece que le irrita mucho es que los muchachos le interrumpen en sus elocuentes sermones. Un día, predicando el septenario de Dolores, amenazó con darles una tocata, y se marcharon á escape de la iglesia, pues ya saben por dolorosa experiencia que el párroco es fiel cumplidor de sus promesas. Mas ya que no le fué posible zurrar á los aprendices de hereje, la emprendió verbalmente con el sacristán y el organista, á quienes dimitió de sus respectivos cargos, é hizo bien. Así como así no le hacen falta sus servicios, porque él es muy capaz de cantarse, ayudarse y tocarse solo.

Es tan dispuesto para todo...

¿Qué heroicidad tan grande realizan los impíos de San Martín de Valdeiglesias al censurar al joven y ya elocuente orador sagrado Sr. Parreño, que ha tomado á su cargo la difícil tarea de moralizarlos!

Empezan por mistificar el apellido del señor sacerdote, sustituyendo con una B la inicial de su apellido, después, llevados de un grosero materialismo, calculan la edad del dignísimo sacerdote, diciendo que apenas tendrá veinticinco hierbas, y luego le atribuyen frases como la siguiente acerca del matrimonio civil:

«Esos seres desgraciados que viven como la Samaritana, no saben el pecado en que incurrir; pues, aun suponiendo que se amen, que son felices, que han nacido el uno para el otro, son ellos y sus hijos malditos ante Dios y ante la sociedad».

Ciegos por el error, buscaron hace días á un ciego material para que sirviese de cronista de la oración sagrada, y he aquí que cuando oyó al señor sacerdote decir: «Las mujeres tienen poco de aquí (supongo que señalaría la cabeza), y mucho de aquí» (indicaría el corazón), se salió haciendo comentarios de mal género.

Ciego el enviado y ciegos espirituales los mandatarios, no me queda más recurso que unir mis oraciones á las del Sr. Parreño, para que Dios los alivie de tan funesta ceguera.

Al pobre señor cura de Coca (Segovia) lo van á matar á disgustos sus feligreses.

Hallábase un día celebrando misa, y al querer en el ofertorio dirigir la palabra á los fieles, vió con tanto dolor de su corazón que empezaban á desfilar, dejándole completamente solo.

El mismo día se vió obligado á disolver la sociedad de Hermanos de la Cruz, porque habiéndose propuesto suprimir el suministro de cera que de antiguo se venía facilitando para el Viático de los aso-

ciados enfermos, opusieron á ello los cofrades, y hasta uno de los más veteranos llegó á proferir la blasfemia de que, si tuviera treinta años, era capaz de picar un cigarro en la tonsura del sacerdote. ¡Qué atrocidad!

Días después, preguntando á una joven no sé qué punto de doctrina, y no sabiendo contestarle, le dijo: — ¡Vaya una moza, que te vas á casar dentro de poco y no sabes el Catecismo! ¡Pues como no le aprendas, no te caso!

A lo que respondió la descocada: — Más perderá usted, porque perderá los cuartos!

¿Cuándo se ha visto á la juventud insolentarse de tal modo con los sacerdotes?

Lo dicho: esta corrupción de costumbres nos ha de llevar al precipicio.

— ¡La bestia del Apocalipsis se ha presentado! — como me dijo ayer un señor cura que vino á hacerme una visita para consultarme á qué punto creía yo que debía mandar á tomar aires á su ama.

El vicario general de Funes (Navarra), ha lanzado su vicarial y generalísima excomunión sobre *El Motín* y sus lectores. ¡Qué desconcierto!

Desde que lo he sabido estoy malhumorado y triste, y apenas puedo hacer cuatro comidas al día.

¡Por Dios, D. Ricardo! Levánteme usted el anatema y le prometo hacer rigurosa penitencia, vestirme un saco del tendero de la esquina, cubrirme la cabeza con ceniza é ir en peregrinación á Funes para asistir á la enseñanza que usted da en su casa.

Y para que vea usted que le aprecio, le voy á hacer una advertencia.

Entre los jóvenes que asisten á sus explicaciones, hay uno, por lo menos, que las aprovecha muy poco, y dice: «Aquí, Ricardito (¡qué familiaridad tan impía!) obliga á todos los jóvenes de catorce á diez y nueve años á ir á su casa á tomar doctrina (como quien dice, á tomar chocolate, ó tomar... otra cosa); por cierto que se puede ir con gusto, porque tiene el cura dos hermanas de rechupete».

Tenga usted cuidado, no haga el Demonio que el fingido catequista catequice á una de las dos supradichas, pues sería poco edificante que lo convirtieran á usted en *tío*, si no lo es usted ya.

Voy á elogiar al señor obispo de Cádiz (antes de Santander), sólo por el gusto de que rabie *La Voz Montañesa*.

Ustedes sabrán que S. I. emplea algunos artesanos en las obras del Seminario y la Merced, á los cuales paga sus jornales como se usa comunmente entre gentes de buena conciencia. Lo que ustedes ignorarán es la emboscada piadosa que les preparó para que santificasen el Jueves y Viernes Santo.

Llamó al aparejador de las obras, y debió decirle sobre poco más ó menos: — A ver cómo me lleva usted á esos *barbianes* á la iglesia; — estilo florido y elegante que le ha dado renombre universal.

Y en efecto, el aparejador condujo á los obreros á los divinos oficios y á los sermones, de los cuales salieron hartos (no en el sentido de cansados, sino de satisfechos), aunque algo ayunos de estómago, pues el potaje estaría ya Dios sabe dónde.

Y ahora dicen los *guasones*, que tanto abundan por aquella tierra, que debía pagarles los jornales de aquellos dos días, pues aunque no trabajaron manualmente, tanto trabajo tuvieron con oír á los oradores sagrados, Villaverdes en su mayoría, es decir, pésimos y pesados.

No soy de su opinión: la palabra divina, aun transmitida por boca de ganso, es el mejor alimento que puede tomarse para extenuar la vil y deleznable materia, causa de todos nuestros males.

Un señor canónigo de Menorca, á quien las gentes designan con el apodo de *Sopas*, predica contra la República, contra *El Motín* y demás periódicos liberales, de cualquier matiz que sean.

Desgraciadamente sus discursos no dan los resultados espirituales que son de desear, y únicamente le producen disgustos como el que le propinó un cortante á quien había aludido, y que consistió en una irreverente pero morrocotuda paliza, y la consoladora promesa de romperle el bautismo cuando tuviera un rato de lugar.

Sin embargo, yo espero que Dios protegerá al señor cura, como lo hizo en otra ocasión librándole de las manos de los parientes de una jovencita á quien hizo un favor poco espiritual cuando estaba en la colegiata de Ibiza; parientes que lo querían escabecer por creerse ofendidos en su honor.

Afortunadamente salió bien del percance, sacando ileso el cuerpo aunque sangrado el bolsillo, pues desde entonces viene pagando una pensión á la señorita á quien causó aquellos desperfectos.

¡Ojalá salga de esta aventura tan bien como de aquella! Sin costas, por supuesto.

Ha padecido una lamentable equivocación mi amigo el señor cura de Montealegre (Albacete). Y conste que lo siento, por ser persona á quien aprecio por sus excelentes cualidades.

Tratábase de organizar una procesión y envió al presidente de la Hermandad de Jesús Nazareno para que obtuviese el permiso del alcalde, y de paso le preguntara si asistiría al acto ó delegaría persona que le representase.

El alcalde, poco ferviente católico, aunque algo tolerante y bastante bien educado, contestó que hiciese el párroco lo que le diera la gana y llevase la procesión por donde quisiera, pues él no iba ni enviaba representación alguna.

Sin duda el nazarenista emisario no transmitió bien la respuesta, cuando el señor cura subió al púlpito y dijo que no salía la procesión por haberla prohibido el alcalde. Algunos amigos de éste, testigos de la respuesta, llegaron al templo y refirieron la verdad de los hechos; y á no ser por esto, ¡figúrense ustedes el zipizape que se hubiera armado!

Al día siguiente la Alcaldía publicó un bando relatando lo ocurrido, y he aquí cómo por un error ha quedado el cura por embustero ante sus feligreses. ¡Si vieran ustedes cuánto lo siento!

Los católicos de Alicante se entusiasman tanto con la resurrección del Señor, que en cuanto oyen el toque de Gloria se ponen en balcones y terrados á arrojar sobre los transeúntes tierra, ceniza, piedras, ladrillos, gatos vivos y muertos, y otros regalos de Pascua; todo acompañado de silbidos y enorme gritería en las calles.

A un pobre guardia municipal que detuvo á uno de los *glorificadores*, le acometió una turba de cuatrocientos, y lo atropellaron, hirieron, pisotearon y arrastraron, no siendo el único agente de la Autoridad que sufrió tales caricias. Los guardias de Orden Público y el secretario del Gobierno Civil, que acudieron á apaciguar el tumulto, también fueron silbados.

A consecuencia de estos inocentes desahogos, fueron presos cinco católicos, arbitrariedad sin ejemplo que los Tribunales castigarán como se merece; pues no creo que hayamos perdido ya la fe hasta el punto de castigar á los que, ciegos por ella, cometen alguna falta, ni aunque fuese un delito, ni aunque fuera un crimen.

Al señor cura de Cillero de Mariñaos le han dado un disgusto los impíos.

Una joven feligresa suya, con quien tenía trato espiritual, sintió un aumento material (aparte del aumento de perfección que es consiguiente), y á su debido tiempo fué madre de un robusto niño que ¡quién sabe si llegará á ser sacerdote!

Al llevarle á bautizar, el respetable presbítero preguntó repetidas veces, y con la intención piadosa que es de suponer:—¿Quién es el padre del niño?

Á lo que respondió irreverentemente uno de los circunstantes:—¿Pues dicen que usted, señor cura!

Esta escandalosa contestación produjo la risa de todos los presentes, excepto del virtuoso sacerdote, que se mordió los labios y se puso á meditar en los perniciosos efectos de la calumnia, que se atreve á empañar la reputación de un varón tan piadoso, tan santo y tan rollizo como él.

¡Dios le consuele de tales amarguras!

El señor cura párroco de Gijón, en su afán de que los Sacramentos se celebren con todas las formalidades debidas, y las personas del ramo de seglares que en ellos intervengan lleven la rectitud de ánimo y pureza de alma necesarias, obliga á todos los que van á ser padrinos de una boda ó bautizo á que se laven un poco en el abundoso raudal de la penitencia.

El otro día, en un bautizo, conociendo el señor cura la procedencia sucia, es decir, pecadora, del prójimo que iba á ejercer de padrino, mandóle al lazareto de pecadores, vulgo confesonario.

Pertinaz en sus errores, el aspirante á padrino se negó á ello, por lo cual el prudente sacerdote no quiso bautizar á la criatura, y el acompañamiento se la llevó á su casa con el horrible pecado original.

¡Desdichada nodriza la que haya de llevar en sus brazos al joven y ya pecador *bebé*, pues cargará con el chico y con la enormidad de la culpa! ¡Oh!

Un señor canónigo, natural de Alcázar y residente en Filipinas, hace de cuando en cuando viajes á la Península para atender á los cuidados místicos de algunas devotas que tienen necesidad de sus auxilios, sobre todo una tal Anita, que no acierta á pasarse un año sin recibir sus consuelos sacerdotales.

Es de advertir que dicho señor, no tan sólo arrostra los peligros del viaje para acudir á esa alma peninsular, sino que también tiene que abandonar á una fiel sirvienta que le acompañó desde España á

Filipinas y allí continúa al cuidado de cuatro hijos, hermosos como un cura, con que le ha dotado la Divina Providencia.

Ella premiará á tan celoso canónigo las abundantes y saludables semillas espirituales que tan pródigamente reparte á sus hijas en el Señor, y á mí me dará alientos para seguir incansable la tarea santa de elogiar á los clérigos buenos y moralizar por la corrección fraterna á los que se aparten en poco ó en mucho del cumplimiento de su deber.

El párroco de Galdar (Gran Canaria) acaba de hacer un descubrimiento en el ramo de higiene... Pero esto necesita una explicación preliminar.

Al tomar posesión de la parroquia, había en la iglesia unos bancos que la piedad de los fieles había costado, los cuales arrinconó en la sacristía sustituyéndolos con sillas y exigiendo á los fieles que soltasen treinta céntimos por cada vez que los ocupasen; esto es, tres perros grandes por sentada ó por dormida, pues muchos fieles van á la iglesia á dormir.

Un día vió entrar en el templo á una vieja económica que traía una banqueta de su casa, y díjola que no permitía más asientos que los suyos, á lo cual replicó la anciana que las sillas costaban caras.

—Económice usted para costear el alquiler de la silla—díjole malhumorado.

Frase sublime que no conservará la historia, pero que prueba el celo con que los ministros del altar cuidan del decoro del templo.

Subió al púlpito de la iglesia de San Francisco en Las Palmas (Canarias) el Sr. Roca, á quien los impíos apodan *Pito*, escupió, pasóse el pañuelo por la frente y dijo estas ó parecidas palabras:

«Hermanos míos: No olvidéis por un solo instante que tenemos el sagrado deber de rendir nuestros homenajes al santísimo vicario de San Pedro en Roma y destruir con nuestras armas del derecho á esos miserables papaluchos, asquerosos, impíos, heréticos, que tratan con sus diabólicas ideas de quitarle al representante de Dios el predominio que tiene sobre la Tierra».

Eso es hablar con chirumen. Si yo fuera obispo, le haría canónigo; y si Papa, cardenal de un golpe.

Que no merecen menos su erudición, su ciencia y su interés por la cabeza visible de Cristo.

El señor cura de Perelada (Barcelona) ha negado la absolución al alcalde, por lo siguiente:

Al ir á cumplir el precepto cuaresmal, pidióle que prohibiera la representación del drama *La Pasión y Muerte de Jesucristo*, y, aunque á regañadientes, accedió á ello.

Viéndole tan propicio á conceder, le ordenó que prohibiese ciertos trabajos que los domingos acostumbra á prestar gratuitamente los vecinos, y como á esto se negase, le negó la absolución; é hizo muy bien.

Al tribunal de la penitencia se ha de ir dispuesto á obedecer ciegamente las órdenes del confesor... como voy yo, pongo por caso. Y si no, ¿á qué no han oído ustedes nunca que un sacerdote se haya negado á absolverme?

Dijo un predicador en la iglesia de San Juan (Albacete), que la causa de los males y plagas que azotan á aquel desdichado pueblo, está en que no se confiesan los vecinos lo suficiente.

Ya lo oyen los que se ven amenazados por la langosta; ya saben dónde tienen un remedio sencillo y barato para hacer que cese la plaga.

Y no vale tomarlo á juego y decir que uno de los clérigos que salió el verano pasado á conjurar el insecto, fué el primer invadido, pues se le puso una langosta en una oreja, y por poco tira, al sacudírsela, la santa cruz que llevaba en las manos; pues aquello fué un experimento de la Divina Providencia para tantear los puntos de fe que calzaba el cura, y en nada desacredita la eficacia del remedio sacramental.

Una desgracia más tenemos que lamentar los católicos.

En Marín (Pontevedra), unos protestantes, infatuados por las predicaciones de sus pastores, la tomaron con los católicos al organizar una procesión.

Los católicos dieron digna respuesta á los herejes, y de aquí se trabó una reyerta en que se dispararon algunas piedras por ambos bandos, saliendo herido en la cabeza un respetable sacerdote.

¡Ah! ¡Si estuviéramos en aquellos tiempos benditos en que la religión exclusiva de España era la católica, y se castigaba severamente el culto de cualquiera otra, no tendríamos que lamentar estos sucesos que tanto afligen á los buenos católicos!

¡Cuánto han cambiado los tiempos desde aquellos en que encarcelábamos, ahorcábamos y tostábamos

á los herejes que cometían el crimen de lavarse y no comer tocino!

Para vida feliz, dulce y reposada la que se pasa un señor canónigo de la santa iglesia catedral de Sevilla, que lleva quince ó veinte años en Madrid, olvidado del cumplimiento de los deberes que su cargo y su sueldo le imponen.

Sin embargo, cuando llega la época de la Semana Santa y Feria, en que la siempre fiel ciudad celebra las animadas fiestas que tanto renombre tienen, no sólo en España, sino en el extranjero, dicho señor canónigo toma el tren y se va á esparcir el ánimo y á estrechar la mano de sus compañeros de cabildo, regresando después á la corte para continuar su descansada vida cerca del mundanal ruido.

Por lo visto, ese señor sacerdote piensa como el poeta:

De los placeres, el que más me agrada
Es el dulce placer de no hacer nada.

El día de Viernes Santo fueron sorprendidas en una casa de Palma de Mallorca siete señoras provistas de rosario y en traje adecuado para visitar iglesias, tirando piadosamente de la oreja al señor Jorge.

Estaban tan entretenidas recitando oraciones, tales como *¡Tres al as... y Ave-María! ¡El caballo... y Pater Noster! ¡Copo... y venga á nos el tu reino!*, que ni vieron á un cabo de Policía y á un vigilante, hasta que los tuvieron encima y oyeron que las arreaban hacia el Gobierno Civil.

Cualquiera, al verlas salir de su casa con el rosario, hubiera creído que iban á hacer méritos para ganar el Cielo, cuando á lo que iban era á ver si ganaban unos cuartos.

¡Cuántas como éstas hay por el mundo! ¡Y cuántos!

Varias personas que han visitado á Toledo en la última Semana Santa, han visto con pena la horrible capa de yeso que en la iglesia de San Miguel el Alto cubre los techos de viguetas de construcción morisca; y en la de San Andrés, que hayan destrozado un magnífico sepulcro gótico de bellísimas labores, para poner en él un púlpito consistente en unos groseros barrotes de hierro en forma de balcón semicircular volado.

Los señores curas entienden mucho de cosas divinas, pero andan á oscuras en asuntos arquitectónicos; así es que cuando se meten á reformar templos, arman cada divina ensalada que mete miedo.

El respetable párroco de Pizarra (Málaga) sabe como pocos mover las almas á penitencia y hacer que contribuyan con limosnas al esplendor del culto.

Sobre mil duros y pico se calcula la cantidad que piadosamente ha recaudado para arreglar el púlpito, hacer un poquito de obra en una ermita y comprar un corazón de Jesús.

Para corazón animoso, el del señor cura; y para corazón afligido, el del sacristán, que está mal y tardamente retribuido, según dicen.

Sentía que, de ser cierto, el ayudante espiritual del sacerdote se dejase tentar por el Demonio y se diese á murmurar en esta ó parecida forma:

«Para su cargo necesita el señor cura que yo le ayude; pero para cobrar y guardarse los cuartos se basta él solo».

Sr. D. Epifanio, mayordomo de fábrica de la iglesia matriz de Santa Cruz de Tenerife:

Por un maleante periódico de ésa, *El Abejón*, he sabido que andaba usted requisando ochavos para las funciones de Semana Santa.

¿En qué quedamos? ¿No publicó un periódico la cuenta de su antecesor Pepe, de la cual resultaba que había miles de pesetas en caja?

D. Epifanio, no gastemos bromas, y emplee usted los fondos existentes; que para gastarlos y no para que se apolillen los dieron los fieles.

Los Sres. Pereira y Campoamor (canónigos) han predicado una novena en Peñaranda de Bracamonte.

Uno de ellos conmovió á los fieles pintándoles el Infierno con todos los aparatos de llamas, dragones y diablos, pero tan á lo vivo, que no parecía sino que había estado en él ó algún demonio amigo se lo había contado al oído. Después se encaró con las mujeres, á quienes culpó de perder á los hombres con sus miradas.

Tiene razón el sabio misionero. Si no hubiera mujeres, es posible que no hubiese tampoco hombres; pero al menos no se perderían tantas almas.

De mí sé decir, que si me condeno, que bien pudiera suceder, la culpa la tendrá una pícara mujer. Sobrina de un cura, por cierto.

Una mañana se presentó un caballero en la plaza de la Catedral en Valencia, y reuniendo á unos treinta jornaleros que estaban esperando quién les diera colocación, les preguntó si querían trabajar, y contestando ellos que para eso se encontraban allí, les dijo: «Pues síganme».

Llevólos á la capilla de Nuestra Señora de los Desamparados, asistieron al santo sacrificio de la misa, y al terminar entregó dos pesetas á cada uno y desapareció.

Así es que ahora andan los obreros diciendo todos los días: «Si cayera una misa de á dos pesetas, ya había para el puchero».

Es decir, que andan como los señores curas á caza de misas, que es como si dijéramos á caza de gangas.

Por lo demás, es sensible que todos los católicos de pecunia no hagan eso siquiera trescientos sesenta y cinco días al año.

Un prójimo de Albuquerque (Extremadura) cargó con garbanzos una escopeta, y disparó en señal de alborozo por el mico que Nuestro Señor dió á sus guardianes alzándose del sepulcro.

El disparo alcanzó á una joven muy bonita del pueblo, y no hizo más que saltarle los dos ojos é inferirle unas cuantas heridas en el rostro, dejándola desfigurada por completo; pues sin duda por la piadosa fe del tirador no permitió el Rey del Cielo que la chica se quedara en el sitio.

Que El nos dé su gracia, que la barbarie ya nos la buscaremos nosotros.

¿Qué tal andamos de aquel asunto, señor cura de Castelo?

Me refiero al negocio de ese pícaro cojo, que por lo visto se ha propuesto hacerle andar á usted en un pie como las grullas.

El otro día parece que se llevó á Sarria cinco testigos que declararon contra usted, y á los que aludió usted al decir en la misa que habían ido cinco perros á Sarria á declarar en falso.

Muy bien dicho. Aun cuando fuera cierto que usted hubiera sido el provocador, nadie debe deponer contra un sacerdote.

Los actos de los señores curas, aun cuando parezcan disparates, siempre son dignos de acatamiento y respeto.

En la iglesia de San Pedro de Barcelona se produjo una alarma que puso de manifiesto una vez más el decaimiento de la fe en los fieles.

Un cirio que ardía en el altar mayor prendió fuego al ropaje de una imagen, y tanto los señores sacerdotes oficiantes como los fieles sin oficio, místico se entiende, salieron de estampá, excepto unos pocos que apagaron el fuego, no sé si por medio de oraciones ó con agua bendita.

¡Y cómo se habrá reído el Demonio, autor del incendio indudablemente, al ver la tibieza de fieles y sacerdotes! Con seguridad que dice, frotándose los pitones de alegría: ¡Con un cirio bien aprovechado se puede espantar á una legión de católicos! ¡Ya lo sé para otra vez!

Celebrábase una boda en Alfarache (Málaga), y en el momento que el sacerdote bendecía la unión, el novio fué acometido de un ataque cerebral, cayendo á los pies de la novia en tan grave estado, que se desespera de su salvación.

¡Señor! Ya que permitís que tal suceda á un joven que, confesado y comulgado, iba á casarse santamente, ¿por qué no hacéis que se mueran en el acto siquiera el ochenta por ciento de los que contraen matrimonio civil?

Porque si tal no hacéis y se repiten casos como el de Alfarache, se van á escamar los jóvenes y no habrá quien se case canónicamente. Y esto mermaría los garbanzos del puchero de los ministros del altar.

Porque el párroco de Billayón (Asturias) pide á un feligrés por una partida de bautismo la insignificante cantidad de treinta reales, murmuran los discípulos y dicen que, siendo como es para la cuestión de las quintas, está obligado á expedírsela gratis.

¿Esas tenemos? O, mejor dicho, ¿esas pretensiones tienen los herejes? ¡A cualquier hora va á trabajar de balde mi tonsurado amigo!

Si un memorialista cobra por extender un documento cualquiera, ¿por qué no se ha de retribuir el trabajo caligráfico del cura?

Nada de injusticias, nada de privilegios irritantes; igualdad ante el cobro.

Varios jóvenes esperaban frente á la iglesia de San Pedro de Ciudad-Real á que asomara la procesión, y como no había salido aún del templo ninguna imagen, no se habían quitado los sombreros.

Un católico se acercó á ellos y les dijo unas cuantas palabras, no todas propias de personas bien educadas; mas hay que disculparle, porque el celo religioso es incompatible con las buenas formas sociales.

En poco estuvo que no le abrieran un boquete en la calabaza pensante; mas no llegaron á este extremo los impíos, porque, como hombres sin fe, son tolerantes y cultos.

Más vale así, pues hubiera sido una lástima que la Iglesia hubiera perdido un defensor tan celoso, y, sin que esto sea ofenderle, tan arrimado á la cola.

El dueño de un café cantante que tiene un hijo que va para sacerdote en el seminario de Tortosa, ha dado fin á los jipíos flamencos de los artistas; y asegúrase que ha sido á ruego del diocesano y superior jerárquico de su hijo.

Aprended; oh cristianos! á ser dóciles y sumisos á la voluntad de los obispos, y tomad ejemplo de este caballero que se ganaba unos cuartos con aquello de ¡Olé! ¡Bendita sea tu mare! etc.; y á una leve indicación de la autoridad eclesiástica, dijo: ¡Ya no hay tu mare, ni tu pare, ni tu tía, ni na; y cerró de golpe el buchínche, causa de la perdición de tantas almas.

Esto es catolicismo de veras, y lo demás es cuento.

En el escaparate de una relojería de Calatayud han puesto una efigie de María Santísima con este letrero: *Se rifa á real*.

A propósito de esto, decía un israelita que hubo de fijarse en el escaparate:

«El organizador de esta rifa no tenía precio para nuestra religión; porque, si bien es cierto que Jehová nos prohíbe hacer ídolos ni figuras para adorarlos, el Decálogo no nos prohíbe hacerlos para rifarlos.

De donde se deduce que es más hebreo que yo, es decir, más comerciante».

Triste verdad que partió en dos mi corazón piadoso, y que debía mover á los fieles á prescindir de estos negocios.

D. Fermín, párroco de Santiago en Ribadavia, arengó á unos chicos, que después trataron de apedrear á un labrador protestante, santo propósito que no verificaron por estorbarlo un vecino libre-pensador, quien se atrevió á decir al señor cura: «A pedradas logo te habemos de correr á ti y os outros».

Calló el respetable párroco; mas luego fué á casa del protestante y le llamó bruto y animal, añadiendo en medio de su fervor católico que, si su casa estuviese aislada, la prendería fuego.

Bien hehho: ya que no basta con razones, á pedrada limpia debemos convertir á los infieles, cuya casta infernal aumenta de un modo terrible.

No sé qué tema desarrollaría en un sermón el señor cura de Vespereira (Lugo), mas sospecho que fué un sermón de la Soledad.

Y digo esto, porque los feligreses escaparon, tomando pretexto de unas ligeras alusiones que hizo el señor cura en el ofertorio de la misa.

Y todo fué porque una mujer, que anduvo recogiendo cuartos para restaurar una imagen, anunció que iba á devolver el dinero á los piadosos donantes, en vista de no haber obtenido el resultado que deseaba; lo cual indignó al señor cura hasta el punto de llamarla bruta.

Y con justa razón. El dinero que se recauda para fines sagrados no debe volverse nunca, pues de derecho corresponde al ministro del Señor.

El señor cura párroco de Irula se ha visto en la dura necesidad de despedir á su sirvienta porque había contraído cierta enfermedad, si no contagiosa, muy embarazosa y frecuente.

Mas la Providencia se ha servido otorgarle otra joven laboriosa y cristiana, con la cual no echará de menos los servicios de su primitiva criada.

Y parece que ya ha empezado á instruirla en las máximas evangélicas y que la dice, según el Divino Maestro:

«¡Pide el reino de los Cielos, que todo lo demás se te dará por añadidura».

El Teatro Principal de Barcelona es propiedad de la Junta del Hospital, la cual lo arrienda á la empresa que mejores proposiciones hace.

Uno de los viernes de la Cuaresma última anunció el actual empresario función para tarde y noche, mas la hermandad le exigió que la suspendiese; determinación que aplaudo, porque la cofradía no perdónada, pues ya tenía cobrado el importe del arriendo, y en cambio la empresa ha perdido unos miles de pesetas; lo que le está bien empleado por impía.

Uno de los Padres jesuitas que predicaron en Monforte, parece que dijo:

«Las muchachas que tienen novio llevan á Satanás dentro del cuerpo, y las que no le tienen, llevan á Dios».

No me extraña, sabiendo que los hijos de San Ignacio están al tanto de todas las interioridades femeniles.

Cinco concejales solamente asistieron en Vigo á la solemnidad del Domingo de Ramos, y tres á la del Jueves Santo, sin que comulgaran ni consintieran que lo hiciese el secretario; y eso que la mayoría son conservadores.

Me alegro, para que se condenen todos y los chamusquen bien en el Infierno.

SERVICIO TELEGRÁFICO

Los Llanos (Gran Canaria).—Cura Telde prosigue incansable con Hijas de María.

—¡Voto va por mil estrellas! Señor cura de Telde, ¡á ellas!, es decir, á moralizarlas y conducir las por el camino del Paraíso, que yo no hago caso de chismes, como usted ve.

CONSULTOR DE FELIGRESES

Tarifa.—¿Sabe usted en qué emplea el Sr. González, barajador de la cofradía de Jesús, las cuotas que mensualmente se recaudan, puesto que se han suprimido los auxilios de alimentos y botica que antes se facilitaban á los enfermos?

—Como no sea en preparar equipos para alguna partida, no comprendo á qué objeto puedan destinarse.

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

La Novela de Urbesierca.—Con este título acaba de publicar una serie de Narraciones nuestro querido amigo y compañero José Francos Rodríguez, digno, por todos conceptos, de la justa reputación de su autor.

Distínguese este libro, no sólo por la galanura de la frase, sino por sus tendencias é intención, revelándose en sus páginas que el ilustrado redactor de *Las Dominicales* no desaprovecha ocasión para mostrarse tan distinguido literato como infatigable adalid de la causa republicana.

Felicitemos cordialmente á nuestro amigo por su legítimo triunfo.

La Bella Valentina (EL MARIDO), por Emile Richebourg.—Imprenta Popular, á cargo de T. Rey, Plaza del Dos de Mayo, 4.—Madrid, 1887.

Esta preciosa novela del eminente novelista francés se halla de venta, al precio de 1,50 pesetas, en la Administración de EL MOTÍN.

LA REPÚBLICA

Lámina en diez colores al cromo. Mide la cartulina 77 centímetros de largo por 55 de ancho, y es propia para colocarla en un cuadro en los casinos y comités.

Los libreros y corresponsales pueden adquirirla con el 25 por 100 de descuento, y con el 50 los señores que se suscriban por un año á EL MOTÍN.

Se vende en la Administración al precio de TRES PESETAS.

LIBROS DE LA BIBLIOTECA DE EL MOTÍN

EL JUDÍO ERRANTE célebre obra de Eugenio Sué. Tres gruesos tomos.—Nueve pesetas.

LO QUE NO DEBE DECIRSE (Quinta edición), por José Nakens.—Precio: dos pesetas.

LA RELIGIÓN AL ALCANCE DE TODOS por D. R. H. de Ibarreta.—Décima edición.—Precio: dos pesetas.

LA PIQUETA por José Nakens.—Tercera edición.—Precio: una peseta.

DIOS ANTE EL SENTIDO COMÚN por el cura Meslier.—Precio: dos pesetas.

ESPEJO MORAL DE CLÉRIGOS para que los malos se espanten y los buenos perseveren, ósea recopilación extraordinariamente ampliada y corregida de los celebrados y odoríferos *Manojos de flores misticas* publicados por EL MOTÍN.—Cuatro partes á peseta cada una.

REGOCIJO DE CREYENTES Y BALUARTE CONTRA MELANCOLIAS. Precio: una peseta.—Obra festiva con trece buenos cromos.

COMENTARIOS Á LA BIBLIA (El Citador), escrito en francés por Pigault-Lebrun.—Versión castellana con un prólogo y la biografía del autor por A. G. M.—Obra interesantísima.—Precio: una peseta.

ACICATE DE LA ALEGRÍA Colección de cuentos, epigramas y frases ingeniosas; todo escogido.—Una peseta.

MADRID

IMPRESA POPULAR, Á CARGO DE TOMÁS REY
4 — Plaza del Dos de Mayo — 4